



Las personas en este país no se mueren de viejas, se mueren "de jóvenes"

María Teresa Uribe de Hincapié

En estos tiempos de oscuridad y desesperanza, cuando la sangre que corre por el suelo de la patria y la indiferencia ciudadana parecerían convertir en inútiles o lo que es peor, en banales, los esfuerzos investigativos de la academia, para mostrar e interpretar las razones, el sentido y la magnitud de la violencia, un libro como el que hoy nos presenta Saúl Franco resulta ser un acto desafiante y valeroso.

Valeroso no sólo por los riesgos que en Colombia entraña ejercer la controversia y asumir con seriedad e independencia crítica las responsabilidades que implica el ser intelectual público; eso ya lo sabemos y lo asumimos; lo que resulta desafiante y valeroso es que ese develamiento sobre nuestras grandes vergüenzas nacionales, parecería no conmover a nadie; no interesar más que a los especialistas, no convocar al menos el asombro y la indignación de las gentes, o la acción de las autoridades o el esfuerzo de la dirigencia social; en Colombia, terminamos por mirar la violencia como un hecho natural y fatal, de la misma manera que sentimos los terremotos, los deslizamientos de tierra y las inundaciones; algo que va y viene, que produce muchas víctimas pero frente a lo cual poco se puede hacer.

Ante esta indiferencia y esa sensación de impotencia que se siente cuando uno constata que el mayor conocimiento sobre un fenómeno no redundará en acciones orientadas a modificarlo y

que el saber parecería ser un universo distinto y aislado de la vida política y de la gestión pública, resulta un hecho casi heroico seguir creyendo en la virtud de las palabras; en la magia de la ciencia, en la capacidad de transformación de la academia y en el sentido de nuestro propio quehacer.

No es tarea fácil, como bien lo sabe Saúl, nadar contra la corriente; decir verdades científicamente sustentadas sobre las que nadie quiere oír; mostrar con cifras contundentes y con interpretaciones juiciosas, lo que todos prefieren ignorar; volver sobre el recuento de hechos y sucesos dolorosos y vergonzosos que para muchos sería preferible dejar en el olvido; no es fácil decir las verdades y demostrar la hondura del drama nacional, cuando las gentes prefieren que les digan mentiras o que no les digan nada, o no saber nada, no ver nada, quizá como estrategia de supervivencia en un universo tan azaroso.

Por estas razones, tenemos que saludar con beneplácito el texto de Saúl Franco; no sólo porque lanzar un nuevo libro siempre es un acontecimiento para celebrar en un medio tan hostil para las actividades del espíritu, sino también porque es una demostración palpable de que vale la pena seguir intentándolo, que a pesar de todo tiene sentido la argumentación y el debate y que la academia, pero más específicamente la universidad pública, no pueden renunciar, pese al desaliento y la desesperanza, a su tarea de iluminar oscuridades.

En Colombia, terminamos por mirar la violencia como un hecho natural y fatal, de la misma manera que sentimos los terremotos, los deslizamientos de tierra y las inundaciones; algo que va y viene, que produce muchas víctimas pero frente a lo cual poco se puede hacer.

El Quinto: no matar, es un texto que hace parte de toda esa producción colombiana sobre el fenómeno de la violencia pero referido en este caso a su forma límite, la violencia homicida y vista desde la perspectiva de la salud pública, con lo cual se continúa con una tradición intelectual surgida en la Universidad de Antioquia, cuyo insigne inspirador fue el Doctor Héctor Abad Gómez.

No matarás, ese mandato bíblico presente también en todas las religiones universalistas y al mismo tiempo piedra angular de la idea de civilización y progreso en las sociedades modernas, parecería ser letra muerta en la nación colombiana y sobre todo en nuestra católica y progresiva Antioquia.

Nos dice en su libro Saúl Franco, que pese a los grandes

avances de la medicina para combatir la enfermedad y el deterioro, la mayoría de la gente se está muriendo por causas violentas, constituyéndose el homicidio en la principal razón de fallecimiento; que las personas en este país no se mueren de viejas, se mueren "de jóvenes", pues mirando atentamente sus excelentes análisis cuantitativos, ser joven se constituye en un altísimo factor de riesgo frente a esa extraña epidemia que afecta el país pero preferencialmente a hombres jóvenes y adolescentes residentes en los departamentos de Antioquia y del eje cafetero.

Es francamente aterrador constatar que en 1994, Antioquia la grande, la católica y progresista región de Colombia, vio morir por causas violentas al 40% de sus adolescentes falle-



cidos en ese año sin que eso hubiese ameritado alguna preocupación especial de las autoridades, alguna incomodidad a su dirigencia o la más mínima expresión de indignación ciudadana; de la misma manera, Colombia, la democracia más antigua de América Latina, asistió impasible al asesinato de militantes políticos, dirigentes populares, líderes comunales y campesinos y defensores de derechos humanos, cuyo conjunto significa el 11% de los homicidios en el país.

Pienso que uno de los mayores aciertos del libro de Saúl Franco es el manejo de las cifras; el "cuantum" de la violencia; pues en éste, como en muchos otros ámbitos de la realidad colombiana, reinaba el caos y el desorden y las incongruencias e inconsistencias terminaban jugando a favor del ocultamiento del problema o por lo menos contribuían a sembrar dudas razonables en torno a la veracidad de las cifras.

Saúl hace un excelente trabajo de crítica a la disparidad de fuentes y a las diversas estrategias de recolección de los datos, lo que le permite llegar a una mayor precisión estadística sobre esa cifra atroz de 338.378 víctimas de homicidios en dos décadas: 1975-1995; sin embargo, nuestro autor no se queda en el universo de los números, su trabajo es una suerte de poliedro mediante el cual logra establecer el diálogo entre lo cuantitativo y lo cualitativo, representado esto último en entrevistas abiertas a autores y observadores de las diferentes guerras públicas y privadas que cruzan el territorio nacional.

Las otras caras de ese poliedro analítico son: la reflexión teórica respecto al problema de la violencia, contrastando las diferentes explicaciones que desde la filosofía y la política se le han dado a este fenómeno; un abordaje muy riguroso sobre

el contexto, esa "complejidad llamada Colombia" como nos dice el autor y el discurso sobre los acontecimientos y sucesos que acompañaron la vida de la nación durante las dos décadas estudiadas.

Cifra y discurso, texto y contexto, estructura y coyuntura, constituyen los ejes en torno a los cuales el autor construye todo su aparato conceptual a través del cual se prepone dar cuenta de las razones y las explicaciones que alumbran esta situación tan agobiante que es la violencia homicida en nuestro país.

Lo que más llama la atención, es la manera como lo hace, donde se descubre su condición de médico investigador, se aproxima a los conceptos, a los eventos, a las cifras, a los relatos y a los discursos, como un entomólogo que disecciona, disecciona, clasifica, ordena, procesa, redefine y arma de nuevo, de-

teniéndose en cada punto, indagando todos sus contenidos y posibilidades, destacando sus variantes, sus múltiples perfiles, hasta dar con la precisión y la exactitud que se requiere; no deja nada al azar, no deja cabos sueltos, todos los ángulos de mirada parecen estar cubiertos para construir un aparato coherente y lógico, donde nada sobra y nada falta y donde todas las piezas parecen encajar magistralmente; aparato conceptual que hace de éste un texto científico y riguroso; por ello se va a convertir en un referente obligado para todos aquellos que se ocupen del asunto en el futuro.

Sin embargo, el rigor de la ciencia puede tener dificultades al explicar procesos tan complejos, tan cambiantes y tan dinámicos como los de la violencia homicida y en sociedades turbulentas como la colombiana puede resultar interesante preguntarse también por

las gramáticas y las lógicas propias de los eventos violentos, que en arcos de tiempo prolongados, pueden separarse de las condiciones estructurales que las produjeron y de las razones morales que las justifican, para encontrar en su propio devenir las condiciones de su mantenimiento y reproducción; esto quiere decir, que los eventos violentos se autonomizan, y pueden llegar a adquirir un sentido y una lógica propias.

El aparato conceptual de Saúl Franco parte de identificar lo que él llama condiciones estructurales y que más coloquialmente podríamos llamar hilos gruesos de la trama violenta, expresados en la inequidad, la impunidad y la intolerancia, situándolos en un contexto coyuntural históricamente definido, los veinte años que van del 75 al 95, años marcados por tres grandes procesos: la intensificación del conflicto armado, la expansión del narcotráfico y el desenvolvimiento del modelo neoliberal; esta construcción lógico conceptual es desplegada para explicar la violencia homicida en tres contextos fundamentales: el económico, el político y el cultural; a partir de allí va desarrollando un análisis muy agudo sobre las formas de expresión y manifestación violenta, mostrando de qué manera se interrelacionan y se imbrican las violencias sociales y las políticas, las organizadas y las comunes, lo que le permite superar esa vieja visión empírica según la cual existirían múltiples violencias de naturaleza diferente.

El autor nos muestra por el contrario, que la violencia homicida es en singular y que si bien puede tener expresiones y modalidades distintas y muy variados campos de manifestación, están anudadas en un entramado común, constituido por ejes estructurales y situa-

Ante esta indiferencia y esa sensación de impotencia que se siente cuando uno constata que el mayor conocimiento sobre un fenómeno no redundará en acciones orientadas a modificarlo y que el saber parecería ser un universo distinto y aislado de la vida política y de la gestión pública, resulta un hecho casi heroico seguir creyendo en la virtud de las palabras; en la magia de la ciencia, en la capacidad de transformación de la academia y en el sentido de nuestro propio quehacer.



Ómar Bedoya
Arango.
Xilografía



ciones coyunturales, lo que las hace dinámicas y cambiantes. Esto significa un avance y una superación de ciertas afirmaciones entre ingenuas y maniqueas que poco han contribuido al develamiento del fenómeno.

La lectura de este libro deja muchas certezas pero todas ellas inquietantes, la participación de actores estatales y de sectores sociales importantes en

los delitos de sangre; la complejidad del problema que no se resolvería, como muchos piensan, en un escenario de negociación exitosa de los conflictos armados y que así se logre desmontar los aparatos de guerra y de violencia nos quedaría un camino muy largo por recorrer, que supone no sólo voluntad política sino capacidad real de transformar el orden

económico-social, democratizar el acceso a los factores de poder y cambiar las mentalidades intolerantes así como las acciones de corrupción; además, que sin una clara comprensión y ayuda internacionales, no sería posible desactivar procesos generadores de violencia como el narcotráfico y la sistemática violación de los derechos humanos.

Saludamos pues este libro de Saúl Franco que significa, para la Universidad de Antioquia y para nosotros los de las ciencias sociales y políticas, la continuación de un diálogo de vieja data, interrumpido a veces por las ausencias forzadas y las distancias geográficas, pero siempre enriquecedor, caluroso y pleno de posibilidades. ■